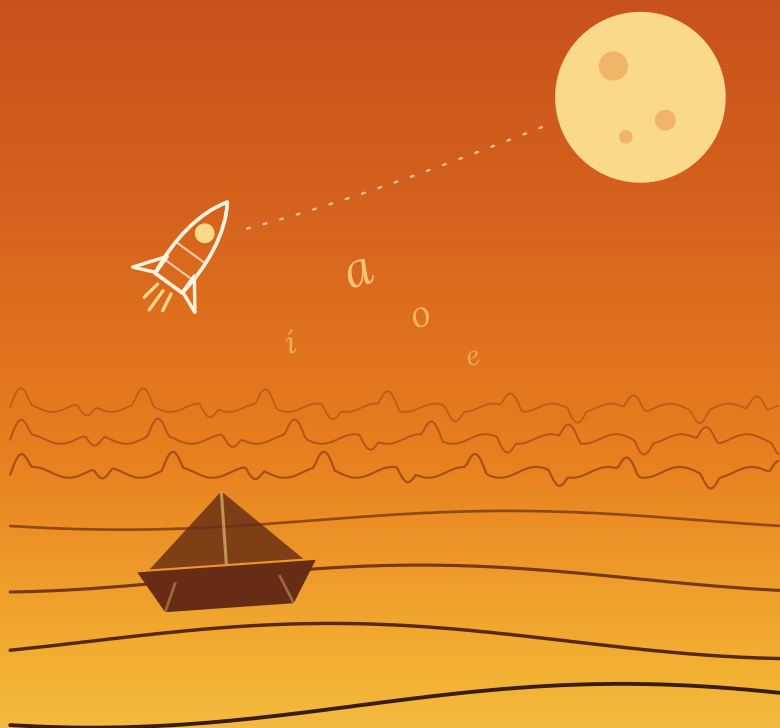


OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO

XI CONCURSO DE CUENTO

Escribiendo *el Caribe*



2025



Escribiendo el Caribe

Escribiendo el Caribe

Obras ganadoras del XI Concurso de Cuento

Observatorio del Caribe Colombiano

Cartagena de Indias, 2026

Escribiendo el Caribe. Obras ganadoras del XI Concurso de Cuento

© De los textos, sus autores, 2025

© De esta edición, Observatorio del Caribe Colombiano, 2026

Editorial: Observatorio del Caribe Colombiano

Edición: Sexta edición

Ciudad: Cartagena de Indias, Bolívar, Colombia

Fecha de publicación: septiembre de 2026

ISSN (digital): 2981-6858

COMITÉ EDITORIAL

Fabio Nelson Gallo Valencia

Laura Isabel Puello González

Edgar Andrés Rodríguez Cogollo

Fernan Acosta Valdelamar

JURADO DEL XI CONCURSO DE CUENTO

Fabio Nelson Gallo Valencia, Laura Isabel Puello González y Edgar Andrés Rodríguez Cogollo, por fallo unánime del 20 de noviembre de 2025, sobre 89 textos recibidos en las modalidades de cuento y poesía.

Coordinación editorial: Fernan Acosta Valdelamar

Diseño y diagramación: Observatorio del Caribe Colombiano (OCARIBE), con asistencia de inteligencia artificial (Claude, Anthropic)

Ilustración de cubierta: obra original creada para esta edición

El XI Concurso de Cuento Escribiendo el Caribe contó con el apoyo del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes y de la Red de Educadores de Lengua Castellana, REDLEC CEID-SUDEB.

Publicación digital de distribución gratuita. Se permite la reproducción parcial de los textos citando autor, título y esta edición.

Las obras se publican con autorización escrita de sus autores y de sus padres o acudientes.

www.escribiendoelcaribe.com · info@ocaribe.email

Lo que empezó a escribirse solo

Hay un momento, en la vida de cualquier programa, en que sus resultados dejan de parecerse a lo que uno esperaba y empiezan a parecerse al país donde ocurren. A Escribiendo el Caribe le pasó hace unos cinco años. Este libro es la primera vez que lo dejamos consignado por escrito.

Durante las primeras ediciones del concurso, los textos que llegaban se apoyaban casi siempre en mundos inventados: reinos, criaturas, viajes a lugares que no figuran en ningún mapa. Eso está bien, y es lo que uno espera de la escritura escolar. Pero en los últimos cinco años la naturaleza de los textos cambió, y cambió de manera sostenida. Los jóvenes del Caribe dejaron de refugiarse en la fantasía y empezaron a traducir lo que tienen enfrente. Empezaron a llegar historias que se cuentan solas porque la realidad las escribió primero, y que muestran sin adornos lo duras que son las dificultades de esta región.

Cabe preguntarse qué fue lo que cambió: si los jóvenes, o aquello que como región nos permitimos poner por escrito. Me inclino por lo segundo. Orlando Fals Borda dedicó buena parte de su obra a demostrar que la Costa tenía una historia propia que la historiografía nacional no había querido escuchar, y que para contarla había que inventar una forma distinta de escribir, que es lo que hizo en Historia doble de la Costa. García Márquez, en su discurso de Estocolmo, formuló el problema al revés: el drama del Caribe no era la falta de imaginación sino el exceso de realidad, una realidad desmesurada para la que faltaban recursos convencionales. Los textos de este libro están exactamente en ese punto de tensión. No inventan porque no necesitan inventar.

Las doce obras que siguen pertenecen a esa generación de textos. Aquí hay un niño de diez años que construye un cohete de cartón en la cama de un hospital y le habla a la luna. Hay una cena de familia interrumpida por unas botas en la puerta. Hay un pueblo donde los manglares lloran las culpas que nadie confiesa. Hay un muchacho que abre un libro sin título y descubre que ese libro cuenta su propia vida. Hay un tambor recogido de una creciente que termina recorriendo el mundo. Y en la modalidad de poesía hay una muchacha que le tiene envidia a la muerte porque sabe callar sin despedirse, y hay un niño de quinto grado que le pide al mundo que no deje morir las hojas de los árboles.

Conviene reparar en la geografía de los autores: Cartagena, Turbaco y Barrancas. No es el mismo Caribe. Barrancas queda en el sur de La Guajira, lejos de la costa, y el poema que llegó de allá habla de montañas, de un río de plata y de nubes; los textos de Cartagena y de Turbaco están llenos de manglares, de canoas, de playas y de murallas. Que unos y otros quepan en la misma convocatoria es lo que hace de este un premio regional y no municipal. Dos líneas lo hacen posible, y vale la pena nombrarlas: el renglón del cuaderno

escolar y la línea del horizonte, sea la del mar o la de la serranía. Cumplen la misma función, porque son el lugar donde algo se apoya para poder existir: el renglón sostiene la letra de quien todavía está aprendiendo a escribir; el horizonte sostiene la mirada de quien está aprendiendo a ver dónde vive. Ninguna de las dos es natural. Las dos se trazan. Por eso un concurso escolar, que parece un asunto de aula, termina diciendo algo sobre el país entero: lo que se traza en el renglón de un cuaderno en Barrancas no se queda en Barrancas.

Este año el concurso abrió por primera vez una convocatoria de poesía, y por eso tres de las obras que siguen son poemas. Detrás de esa decisión hay algo que observamos año tras año: no todos los jóvenes que quieren escribir encuentran en el cuento su forma. Algunos piensan en versos, otros en canciones, otros en diálogos. El programa tiene que hacerle lugar a esas maneras de decir en lugar de pedirles que se acomoden a una sola. Por ahí va lo que queremos para las próximas ediciones: abrir la composición de canciones, abrir el guion, y abrir aquello que los propios participantes nos muestren que necesitan escribir. Escribir el Caribe no es un género literario. Es una decisión sobre qué mirar y sobre quién tiene derecho a contarlo.

Detrás de cada uno de estos textos hay un docente que insistió y una familia que hizo lugar para que alguien se sentara a escribir. Dos de las doce obras llegaron escritas a mano, en cuaderno de colegio, y una de ellas trae al margen, con otra letra, una anotación del docente que dice "Excelente historia". Ese trabajo casi nunca se ve, no aparece en los indicadores y no se mide. Este libro existe, en buena medida, para hacerlo visible.

Solo me queda invitarlo a leer. A leer despacio, que es como piden ser leídos los textos de quien apenas está aprendiendo a decir lo suyo, y a reparar en lo que cada uno de estos doce autores decidió mirar.

Y va una invitación más, dirigida a los docentes, a las familias y a quienes tienen manera de respaldar programas como este: sigan empujando a los jóvenes a expresarse por escrito. Escribir sobre la propia realidad no es un talento que aparece de un día para otro; es un ejercicio que exige práctica sostenida y pensamiento crítico, porque antes de escribir hay que entender, y para entender hay que haberse hecho preguntas incómodas sobre el lugar donde uno vive. Eso no se resuelve solo en el salón de clase: se practica. Y practicar exige un espacio y un motivo. Eso es, en el fondo, lo que ofrece un concurso como este: no tanto un premio como una razón para sentarse a escribir y un renglón donde apoyarse.

Fernan Acosta Valdelamar

Observatorio del Caribe Colombiano

Índice

PRELIMINARES

Nota editorial	4
----------------------	---

CATEGORÍA A

<i>Catalino, el pescador de canciones</i>	8
<i>La última página</i>	11
<i>El tambor del mar</i>	14

CATEGORÍA B

<i>Sueños de papel</i>	17
<i>La autolítica</i>	21
<i>El llanto de los manglares</i>	25

CATEGORÍA C

<i>Yo quiero ir a la luna</i>	31
<i>Una fría pesadilla entre tierras calientes</i>	35
<i>Inconcluso</i>	39

POESÍA

<i>Le tengo envidia a la muerte</i>	44
<i>Cuidemos el latido de la tierra</i>	46
<i>Ecos de nubes</i>	48

CIERRE

<i>Página de aliados</i>	49
<i>Colofón</i>	50



Categoría A

GRADOS 5.º A 7.º

PRIMER PUESTO

Catalino, el pescador de canciones

Deiver Andrés Sejin Barrios · I. E. Nuevo Bosque

SEGUNDO PUESTO

La última página

Esteban Torregrosa Mendoza · I. E. Promoción Social de Cartagena

MENCIÓN ESPECIAL

El tambor del mar

Yura Montero Carmona · I. E. Nuevo Bosque

Catalino, el pescador de canciones

Deiver Andrés Sejín Barrios

I. E. Nuevo Bosque · grado 6.º · Cartagena de Indias, Bolívar

Primer puesto, categoría A

ESTA HISTORIA ESTÁ DEDICADA A LA MEMORIA DE CATALINO PARRA RAMÍREZ. Me gusta mucho la música y a él lo consideraba como un abuelito porque mi familia y yo lo queríamos mucho.

Catalino era un muchacho negro, corpulento y con una enorme sonrisa, que vivía en Soplaviento. Todas las madrugadas salía con su padre a pescar, ese fue el oficio que aprendió siendo un niño, pero le atraían mucho las melodías que el viento traía a sus oídos, especialmente las cumbias que sonaban en la radio.

Una mañana de agosto, después de una noche lluviosa, Catalino salió a pescar, como siempre. Cuando llegó al río, encontró en la orilla ramas y desechos que había traído la creciente, sin embargo, algo llamó mucho su atención, parecía un trozo de madera, de forma cilíndrica, con un pedazo de cuero en cada lado, era algo que jamás había visto.

Catalino se olvidó de la pesca. Sacó del agua aquel extraño objeto, le quitó los bejucos que tenía enredados y lo puso a secar al sol, aunque no sabía qué haría con él. Pasó todo el día mirando aquella cosa extraña y por la tarde regresó a su casa, una choza de

barro y palma, donde su familia lo esperaba, pensando que llevaría los bocachicos para acompañar el plato de arroz. Su padre lo regañó, pero él miraba y acariciaba su descubrimiento, sentía que alguna magia debía tener.

Al día siguiente salió nuevamente a pescar. Quería quedarse para encontrar qué hacer con su cilindro de madera y cuero, pero siempre fue muy noble y no quería pelear con su papá. Al atardecer, cuando iba a amarrar su canoa para que el agua no se la llevara, halló dos palitos, ni muy largos, ni muy gruesos, enterrados en el barro. Fue como si, de repente, se le revelara el misterio, ahora sabía qué debía hacer con eso que había encontrado el día anterior.

Volvió a la casa con seis mojaras y cuatro bocachicos grandes, podrían vender una parte y comerse la otra. Después de compartir un rato con su familia se fue al patio de la casa y con los palitos empezó a tocar la madera y el cuero mientras salían de su boca algunas rimas:

«Ay, de los pájaros del monte

Josefa Matía

Ay, Yo quisiera ser canario

Josefa Matía

Ay, para cantar contigo

Josefa Matía

Ay, en los montes solitario»

Aquella noche, en el patio de su humilde casa, Catalino empezó a tocar la tambora, así se llamaba el instrumento que la creciente le

había regalado, pero fue mucho después cuando lo supo, cuando llegó a buscarlo a su casa Toño Fernández, fundador de Los Gaiteros de San Jacinto, movido por el rumor de que, cruzando el Dique, había un muchacho que hacía cantar los pájaros y aumentar la pesca cuando tocaba. Catalino se fue con los gaiteros para sonar los cueros y cantar sus canciones, las mismas que lo llevarían a recorrer el mundo y lo harían inmortal. Le cantaba al amor, a la naturaleza, a la pesca que su padre le había enseñado a amar, a su Soplaviento del alma.

Donde quiera que iba Catalino, el pescador de canciones, lo acompañaban su tambora, sus letras y su sonrisa. Tocaba y cantaba cumbias, garabatos, bullerengues, fandangos y otros ritmos que alegraban el alma de quienes lo escuchaban. Cuando ya tenía 95 años, su voz y su sonrisa permanecían intactas, pero en el cielo lo necesitaban. Se fue un viernes de guacherna rodeado de sus hijas y sus nietos. Lo despidieron en su natal Soplaviento, con la bandera de Colombia en todas las calles, izadas a media asta, entre gaitas y tambores, lo llevaron en hombros al son de una de sus canciones favoritas:

*«Ya se divisan los botes, ya se divisan los botes
que hace rato estaba esperando,
uno a uno van llegando al gran Puerto de Capote.
Soplaviento tiene, tiene de verdad
Una cumbia brava, brava, buena pá gozá.»*

FIN

La última página

Esteban Torregrosa Mendoza

I. E. Promoción Social de Cartagena · grado 7.º · Cartagena de Indias, Bolívar
Segundo puesto, categoría A

ERA DANTE UN HOMBRE TRANQUILO. No necesitaba mucho para sentirse feliz, le bastaban una taza de café y un buen libro. Para él, leer no era un pasatiempo... Era una forma de vivir. Los libros eran su solaz, su consuelo, su escape del ruido y del mundo. Podía pasar horas y horas enteras sumergido en una historia sin darse cuenta del paso del tiempo.

Sin embargo sus amigos ya estaban cansados. Cada vez que hablaban de fútbol, películas, carros o cualquier otra cosa, Dante siempre terminaba hablando de libros. Les habla de los personajes, de frases célebres y también de la importancia de leer y lo divertido que es. O eso aseguraba él. Ellos solo lo escuchaban con gesto desdeñoso, como si solo fingieran interés.

Una noche muy lluviosa, Dante decidió salir de casa. Llevaba días sin leer un libro nuevo, y sintió eso que solo los lectores entienden. Tomó su chaqueta, se cubrió con un paraguas y caminó hasta su lugar favorito, «Entre páginas».

«Entre páginas» era un lugar, o más bien una librería no muy conocida, pero a Dante le encanta su silencio y su forma en que los

libros parecían susurrarle cosas al pasar. Cada vez que entraba sentía que algo mágico podría ocurrir.

Mientras caminaba entre los estantes, algo llamó su atención: un libro sin título, de tapa oscura y sin dibujos, enigmático, como si guardara un secreto. Aquel libro estaba en una repisa que no recordaba haber visto antes. Lo tomó con cuidado y se sentó a leerlo en uno de los rincones de la librería.

Apenas leyó la primera página de aquel libro su corazón comenzó a latir con fuerza. La historia hablaba solo de él. Contaba cosas de su niñez, de su vida, de sus miedos más oscuros, sus secretos más profundos y momentos que solo él conocía.

Cada página lo sorprendía más, era como si el libro narrara todo de su vida desde que nació.

Pero entonces, al seguir leyendo, Dante no lo podía creer: el libro narraba exactamente la noche en la que él se encontraba. Decía que había salido bajo la lluvia, que había llegado a «Entre páginas», que había encontrado un libro misterioso en una alta repisa, e incluso decía que lo estaba leyendo mientras la tormenta afuera golpeaba con fuerza los vidrios del lugar.

Dante sintió un escalofrío intenso. Tenía miedo, pero con valentía pasó a la última página, pero ... Era la última y... estaba completamente en blanco.

En ese momento Dante pensó: ¿y si este libro habla también de mi muerte? ¿Y si al salir de la librería un rayo lo alcanzaría y todo acabaría? La idea le provocó un fuerte estupor. Cerró el libro con

fuerza y se fue a casa.

Intentó calmarse. Tal vez era una coincidencia, o tal vez era un sueño. Pero ¿y si no? ¿Y si su final era tan inolvidable como las páginas anteriores?

Durante días no fue más a la librería. La evitó, o lo intentó, pero no pudo: esa página en blanco evadía su mente, no lo dejaba en paz.

Finalmente, una noche de insomnio, una noche silenciosa, tomó valor y fue a la librería una vez más. Puso el libro en una mesa y al abrirlo... la última página seguía vacía, esperándolo. Entonces ahí entendió que aquella página no estaba ahí para ser leída, sino para ser escrita... por él.

Tomó una pluma, la apoyó sobre el papel... y escribió algo.

¿Qué escribió Dante en la última página?

Pues nadie lo sabe con certeza, porque el cuento quedó intencionalmente abierto, misterioso, como para que el lector se pregunte lo mismo que tú...

¿Qué final eligió Dante?

¿Qué escribió en la última página?

CONTINUARÁ

El tambor del mar

Yura Montero Carmona

I. E. Nuevo Bosque · grado 6.º · Cartagena de Indias, Bolívar

Mención especial, categoría A

HABÍA UNA VEZ, EN UNA PLAYA DEL CARIBE, UN NIÑO LLAMADO RAFAEL QUE SOÑABA CON SER MÚSICO. Todas las tardes, después de la escuela, se sentaba en la arena con un pequeño tambor hecho de madera y cuero que le había regalado su abuelo.

El mar parecía escuchar su música. Las olas bailaban con cada golpe, las gaviotas cantaban en el cielo y hasta el viento soplaba al ritmo de su tambor.

Un día, mientras tocaba, apareció una niña llamada Lucía, que llevaba en sus manos una maraca hecha con semillas de palma. Rafael y Lucía comenzaron a tocar juntos y, poco a poco, los demás niños del barrio se unieron con sus propios instrumentos: flautas de caña, tambores pequeños y hasta caracoles marinos que servían como trompetas.

El sonido se escuchó tan fuerte que llegó hasta la ciudad amurallada, donde la gente dejó sus tareas para ir a escuchar la música de los niños. Todos bailaban felices: los vendedores de frutas, las palenqueras, los pescadores y hasta los turistas.

Entonces Rafael entendió el mensaje de su abuelo: «El tambor del mar no es solo un instrumento, es la voz del Caribe que vive en la unión, la alegría y los sueños de su gente».

Moraleja. El verdadero tesoro del Caribe no está solo en el mar ni en sus murallas, sino en la alegría, la creatividad y la unión de sus niños y niñas.

B

Categoría B

GRADOS 8.º A 9.º

PRIMER PUESTO

Sueños de papel

Camila González · I. E. Promoción Social de Cartagena

SEGUNDO PUESTO

La autolítica

Emmanuel Tapias Vázquez · I. E. Las Gaviotas

MENCIÓN ESPECIAL

El llanto de los manglares

Juan Andrés Navarro Barrios · Colegio San José de Turbaco

Sueños de papel

Camila González

I. E. Promoción Social de Cartagena · grado 9.º · Cartagena de Indias, Bolívar

Primer puesto, categoría B

EL AMANECER DESPERTÓ COMO SIEMPRE, SUAVE Y DORADO, PINTANDO LAS CASAS Y LOS ÁRBOLES DEL PUEBLO. Juan era como cualquier otro niño, siempre con una sonrisa en el rostro. Nunca había salido a otro sitio, salvo cuando iba a la ciudad a acompañar a su abuelo a llevar mercancías. Soñaba con salir y explorar el mundo. A pesar del humilde lugar donde vivía, quería ir a todas las ciudades, todos los países, conocer muchas personas y verlo todo, como las cosas que aparecían en sus libros.

—¡Juan, ven, despierta! Tu abuelo ya volvió de la ciudad. Ayúdalo a cargar este saco de yuca —dijo su madre.

Juan, emocionado y con una sonrisa en el rostro, corrió hacia el camión. Era un día especial, porque su abuelo le había prometido antes de irse que le compraría un libro nuevo.

Saltó al camión. Apenas podía con el peso del saco, pero con la ayuda de su abuelo logró moverlo. Cuando terminaron, el abuelo le entregó un sobre de papel que guardaba un libro en su interior.

—Aquí tienes, Juanchito —dijo con una sonrisa cansada pero satisfecha.

Juan empezó a saltar de la emoción, abrazó rápido a su abuelo y corrió a la casa. Puso el sobre en la mesa y lo rasgó con cuidado, temeroso de dañar lo que había dentro. Entonces lo vio. Abrió la primera página con suavidad, y sintió un olor fresco, olor a tinta y papel recién impresos, ese «olor a nuevo» que tanto le gustaba. Con el corazón acelerado empezó a hojearlo, hasta que una voz rompió esa tranquilidad:

—¡Juan! Ven a ayudarme a preparar el almuerzo. Luego puedes seguir leyendo —dijo su madre al verlo. Juan, obediente, dejó el libro y fue enseguida.

Más tarde se encontró con sus amigos, Pedro y Antonio, quienes también habían recibido regalos ese día.

—¡Miren! Es una pelota —dijo Pedro—. Mi papá se esforzó mucho para conseguirla. ¡Ahora podemos jugar al fútbol!

Antonio mostró una flauta que le talló su hermano mayor. Estaba torcida, pero para él era lo mejor.

—¡Miren lo que hizo mi hermano! Él puede hacer de todo —dijo con orgullo. Tocó una nota desafinada que los hizo reír a todos.

El sol empezó a caer lentamente, dando paso a la fría luna que se alzaba entre las nubes, mientras Juan cenaba junto a su madre y su abuelo, con la emoción aún fresca de tener ese regalo tan especial y de compartir con quienes amaba.

—Cuando crezca quiero ir a París, a ver la torre Eiffel, a Inglaterra a ver el Big Ben, y también quiero ir a Bogotá. Dicen que hace muuuucho frío —dijo con voz inocente.

Su abuelo lo miró con ternura mientras disfrutaba su comida. Todo parecía en calma, hasta que el sonido de un motor resonó a lo lejos. No era el de un camión común: sonaba rasposo, ronco, brusco. El abuelo dejó la cuchara sobre la mesa y levantó la mirada con seriedad, como si un recuerdo amargo, turbio y cruel hubiera despertado en su interior.

La madre intentó sonreír, pero la mano con la que sostenía el vaso empezó a temblar.

—De pronto es un camión que se dañó en la carretera, ¿no? —susurró, intentando convencerse de sus propias palabras, aunque sus ojos reflejaban otra cosa.

El motor se detuvo muy cerca. Se escucharon unas botas pesadas golpeando las piedras.

—¡Juan, corre a tu cuarto! ¡Ahora mismo!

Juan obedeció asustado. Su corazón latía más rápido que un tambor. Pero entonces lo escuchó: un golpe seco en la puerta seguido de una voz áspera.

—¡Abran!

Al abrir, un estruendo sacudió la casa, seguido de los gritos desesperados de su madre y su abuelo. Luego, de repente, todo se detuvo. El silencio se mezcló con un olor penetrante a humo.

Los pasos se detuvieron justo frente a la habitación. El aire olía a humo y a miedo, denso y sofocante. Como si el mundo entero ardiera en silencio. Alcanzó a ver la sombra de un fusil en la pared, larga y oscura, como un monstruo salido de las peores pesadillas.

La manija de la puerta comenzó a girar.

Juan cerró los ojos, apretando su libro contra el pecho, como si fuera lo único que podía salvarlo.

La autolítica

Emmanuel Tapias Vázquez

I. E. Las Gaviotas · grado 8.º · Cartagena de Indias, Bolívar

Segundo puesto, categoría B

SENTADA EN MEDIO DEL VERGEL, PABLA JOSEFINA MÁRQUEZ MAJA E IMPECABLE CON SU VESTIDO AZUL, LUCIA COMO UNA DONCELLA RICA Y BELLA. Su familia era de alto estatus, y vivían en una morada colosal emperifollada. Era ingenua, párvula e incauta, lo único que le interesaba era la literatura y los cuentos fantásticos. Todos los que pasaban por el jardín floreado de su casa se quedaban más interesado en su belleza que en la despanpanante mansión. No obstante, pocos notaban que detrás de la inocencia de aquella niña que leía cuentos de los hermanos Grimm, había algo más.

Un día, mientras miraba a los pajarracos comiendo alpiste, en su interior sintió un cumulo de pensamiento que la sucumbió, quería probar más cosas, no solo quería leer y pasar el día merodeando por la casa, sino que quería hacer algo que la dejara satisfecha. Lo que no imaginaba que lo que le pasaba sería su pase directo al manicomio. Pabla buscó realizar cosas que le interesaran. Inició con la culinaria, quiso hacer obras maestras y convertir un simple platillo en algo más sofisticado. Después quiso probar otras cosas.

–¿Tal vez la pintura? – Se preguntó Pabla. El arte que con matices precisas empapadas en un lienzo pueden duplicar a una persona o eternizar para siempre un paisaje.

–¿Tal vez la danza? –Se volvió a preguntar. El arte de poseer el movimiento como forma de manifestación de los sentimientos y que provoca el bramido y la admiración de las multitudes. Algo que apenas desea sentir cualquier persona sin talento, exactamente como ella.

Pabla Josefina, era en efecto, muy hermosa y pura, pero sin ninguna virtud o talento. No sabía hacer nada. No la enseñaron a hacer nada. No poseía ninguna gracia que destacaran en algo. Sin embargo, muchos pensaban que por su grandeza y belleza debía tener un talento o una virtud. Toda esa expectativa la llevaron a descubrir su falta de talento y despertó en ella una preocupación por querer hacer algo, pero desafortunadamente nada de lo que emprendía le salía bien.

Su madre Hermelinda Márquez López, una mujer fuerte que ya había escrito más de siete libros y se había retirado de su antiguo trabajo como pintora, era aclamada por unos y detestada por otros, pronto también empezó a preocuparse del porqué su hija Pabla josefina Márquez, no tenía un don, o algo que la hiciera ser especial, útil o exitosa. Para ella era una pena este suceso, más que eso, era algo insólito. Pabla, que no quería ser una vergüenza para su madre, viendo el dilema de su situación hizo lo que nunca alguien imaginó.

Sobre la mesa había un cuchillo de cocina, que su mente enferma lo hizo ver como un pincel con el que podía hacer arte, y por fin encontrar lo que ella y su madre deseaban: «tener un talento». Con decisión lo tomó y se dirigió cuarto, y comenzó a hacerse una monstruosa abertura en la mano, la sangre derramada como en un manantial entre el tegumento desprendido, le hizo decir-¡Esto si es arte! –

Corrió por todos los pasillos de la casa, chorreando su crúor por el suelo. Se hizo otras aberturas en la cara y en los muslos. Todo era especial, simplemente arte. No sentía dolor, solo un placer infinito, por fin había encontrado su vocación.

–¿Por qué pintar mi piel de rojo no puede ser arte? – exclamó Pabla, mientras corría emocionada por el vergel, pero ya no quería usar ese pincel quería algo más. Atormentada, pensó en tirarse por ventanilla de su alcoba y en lo orgullosa que se sentiría su madre al ver su actuación. Corrió por la gradería, dio un paso desprevenido que le hizo rodar por la escalerilla y al pararse pudo ver las manchas de su propia sangre por toda la casa, todo le pareció hermoso, así que siguió su camino dirigiéndose hacia arriba, al llegar se paró en la ventana y orgullosa dijo: –¡Mira Dios por fin podré ser un ángel!

Entusiasmada, con todo el cuerpo sudado sangre y el rostro magullado, por fin se sentía tranquila, todo era parecido a los cuentos que leía. Se sintió por primera vez hermosa. Hasta que de pronto, despertó del éxtasis, lo primero que vio fue la extensa mancha en sus ropajes, inmediatamente sintió que sus pies estaban

lastimados, divisó un cuesco pintado en su pierna, era muy exagerado, todo su cuerpo estaba malogrado. Entonces cojeando agarró su vestuario de princesa y se lo quitó quedando desabrigada sin nada de tela en el cuerpo. Corrió por la baranda de la gradería y al bajar sus huesos comenzaron a retorcer, estaban girando como abanicos, todo era fabuloso, como en un acto de teatro se clavó las agujas de su madre en el pecho, dejando que la rabia y la frustración de su falta de talento saliera por cada agujero. Como acto final salió de la casa, y a la vista de todos los vecinos horrorizados, llegó a la catedral de Santa Catalina, ahí, de cerca, le habló al Jesús crucificado que la veía sin ninguna expresión. Tomó una sogá y mientras daba brinquitos, dijo con voz de satisfacción – ¡Jesús mi cuerpo es un lienzo de alabastro reluciente, el cual puedes limpiar! –

Dejó de jugar con la sogá, y con sus últimas fuerzas, la tiró hacía una lámpara colgante de techo, la sujetó con fuerza y se la puso en el cuello. Haciendo de su obra de teatro la mejor dramaturgia. Impávida sin respirar, quedó colgada como una tela mientras que Jesús la observaba desde su cruz. Hermelinda, su madre, llegó después, acompañada de un tumulto de curiosos. Pabla Josefina Márquez estaba colgada de la lámpara, desnuda e irreconocible, nadie pudo dudar de su talento. Era una obra de arte.

El llanto de los manglares

Juan Andrés Navarro Barrios

Colegio San José de Turbaco · grado 9.º · Turbaco, Bolívar

Mención especial, categoría B

Un relato caribeño donde los manglares se convierten en memoria viva, llorando las culpas y silencios de un pueblo que prefiere callar antes que enfrentar la verdad. Una historia sobre la espera, la culpa colectiva y el poder de la naturaleza para hablar cuando los hombres callan.

EL DÍA EN QUE LOS MANGLARES EMPEZARON A LLORAR, SAN JACINTO DEL MAR AMANECIÓ CON OLOR A LÁGRIMAS VIEJAS. No era lluvia ni rocío: era un sollozo espeso que nacía de las raíces, como si el mar hubiera decidido sangrar desde dentro de la tierra.

Los primeros en notarlo fueron los niños, que a esa hora perseguían cangrejos en la orilla. «El mangle está llorando», gritó uno, con las manos embarradas y los pies hundidos en el lodo. Pronto se corrió la voz, y cuando el sol se asomó con su cara brillante, medio pueblo ya estaba arremolinado frente al manglar, en silencio, mirando cómo el agua clara caía de las raíces como si fueran venas abiertas.

Las viejas del pueblo hicieron la señal de la cruz y susurraron presagios: «Cuando los árboles lloran, es porque alguien oculta culpas en el aire». Los hombres se rieron en la taberna, diciendo

que no eran más que filtraciones del mar. Pero al caer la tarde, cuando todos regresaron a sus casas, descubrieron que el llanto seguía.

En medio de esa expectación vivía Apolonia de los Remedios, la mujer más sola de San Jacinto. Su marido, pescador de redes anchas y palabras escasas, había desaparecido una madrugada en el golfo y nunca regresó. Desde entonces, Apolonia esperaba como si el tiempo fuera una hamaca: balanceándose entre la esperanza y el desencanto. Caminaba por el pueblo con una sombrilla amarilla que nunca abría, incluso bajo aguaceros furiosos, como si guardara dentro de ella una fidelidad absurda.

Esa primera noche, mientras las ventanas se cerraban con miedo, Apolonia salió descalza hacia el manglar. Puso la mano en la corteza húmeda y murmuró:

—Esto no es agua... esto es memoria.

Nadie supo si hablaba sola o si le hablaba al pueblo entero.

El fenómeno no tardó en convertirse en costumbre. Cada vez que alguien moría en San Jacinto sin confesión, los manglares lloraban. Y lloraban tanto, que el suelo se volvió un espejo donde las casas parecían flotar como barcos varados.

Los niños empezaron a llenar botellas con aquellas lágrimas, convencidos de que curaban la tos y el mal de ojo. Al agitar las botellas, se escuchaban murmullos: promesas ahogadas, canciones inconclusas, nombres cortados en la mitad. Las madres las guardaban bajo la cama, como quien guarda escapularios. Los

hombres, incrédulos, las bebían en tragos pequeños, buscando valor para volver al mar.

Pero lo que más inquietaba al pueblo era que las lágrimas parecían elegir el momento de brotar. Lloraban siempre de madrugada, como si el dolor necesitara la complicidad de la oscuridad.

Una tarde, en medio de un aguacero que azotaba los techos de zinc, el manglar lloró con tanta furia que el agua arrastró peces muertos hasta la plaza. Fue entonces cuando algunos comenzaron a murmurar que el llanto no venía de los árboles, sino de las culpas escondidas de los vivos.

Entre los que más callaban estaba Evaristo el sastre, hombre de bigote encerado y manos finas, que en su juventud había sido señalado de amores clandestinos con la mujer del boticario. Cuando el manglar lloró frente a su casa, no volvió a salir a la calle. Dicen que pasó semanas cosiendo trajes que nadie encargó, con las ventanas cerradas, como si con cada puntada intentara zurcir una verdad que se deshacía.

También estaba Nicomedes el cura, que cada domingo pedía al pueblo confesar, pero que nunca se atrevía a acercarse al manglar. Los niños lo espiaban desde las palmas y juraban que, al escuchar el llanto, se le aflojaban las rodillas como si reconociera en esas lágrimas una voz que lo perseguía.

Pero la única que parecía entender el misterio era Apolonia. No le temía al llanto. Cada madrugada caminaba hasta el manglar y, en lugar de rezar, hablaba como quien conversa con un vecino:

—Ya sé quién eres... ya sé qué callas...

El pueblo la llamaba loca, pero cada vez que ella hablaba, el llanto se hacía más tenue, como si alguien, desde el fondo, la escuchara.

Un amanecer, Apolonia salió con una pala al hombro. Cavó bajo el mangle más viejo, y en lugar de tierra encontró un cofre oxidado. Dentro había cartas sin abrir, un anillo de compromiso y una foto de su marido vestido de marinero. Nadie supo cómo llegó allí.

No lloró. Cerró el cofre, lo devolvió al agua, y por primera vez en décadas abrió su sombrilla amarilla.

Desde entonces, el manglar dejó de llorar. Pero no volvió a ser el mismo pueblo. Las noches se llenaron de rumores: que las lágrimas no habían desaparecido, sino que se habían escondido en las botellas de los niños, en las costuras de Evaristo, en los silencios del cura.

Apolonia murió meses después, con la sombrilla abierta sobre el pecho. El día de su entierro, el manglar permaneció seco, como si le guardara respeto. Pero a medianoche, cuando la luna se acostó sobre el mar, las raíces volvieron a llorar, y esta vez nadie recogió las lágrimas: dejaron que se confundieran con la marea.

Hoy en San Jacinto del Mar, cada vez que alguien guarda un secreto demasiado grande, basta con mirar al manglar. Si el árbol tiembla y rezuma agua clara, es porque el silencio pesa más que la verdad.

Y así, entre raíces y lágrimas, el pueblo aprendió que cuando los hombres callan, la tierra siempre habla.



Categoría C

GRADOS 10.º Y 11.º

PRIMER PUESTO

Yo quiero ir a la luna

Juan José Arellano Castellón · I. E. John F. Kennedy

SEGUNDO PUESTO

Una fría pesadilla entre tierras calientes

Miguel Ángel Velásquez · I. E. Promoción Social de Cartagena

MENCIÓN ESPECIAL

Inconcluso

Jaider Enrique Martínez Villamil · I. E. Promoción Social

Yo quiero ir a la luna

Juan José Arellano Castellón

I. E. John F. Kennedy · grado 11.º · Cartagena de Indias, Bolívar

Primer puesto, categoría C

ME LLAMO CAMILO Y TENGO DIEZ AÑOS. Mi mamá dice que hablo mucho, pero yo creo que hablo lo justo, solo que el mundo no escucha suficiente. Desde hace meses estoy construyendo un cohete. No uno de verdad porque no tengo plata ni gasolina de astronautas, sino uno que estoy haciendo con cajas de cartón, tubos de papel higiénico y un casco que era de mi papá cuando trabajaba en construcción. Lo pinto todas las tardes con témperas azules y plateadas. Y cuando termino, me acuesto dentro de él y miro el techo, que para mí es el cielo. Yo quiero ir a la luna. No porque quiera ser famoso, sino porque desde allá lo vi en un documental todo se ve chiquito, hasta los problemas.

Mi mamá me dice que la luna no está tan cerca, pero yo no le creo del todo.

Porque a veces, cuando cierro los ojos, siento que la luna me habla. Me dice cosas que nadie más oye, como si me guardara un secreto. «Camilo, aquí no hay dolor», me susurra. Y yo le creo.

A veces le cuento mis planes a mi hermana menor, Lucía. Ella dice que si me voy, me tiene que acompañar porque no sabe

dormir sola. Le prometí que la llamaría por radio desde el espacio. «Houston, tenemos un abrazo pendiente», le diré.

Mi cuarto está lleno de estrellas que recorté con cartulina. Las pegué en las paredes y también en el techo. De noche apago la luz y las miro brillar con la linterna. Es mi cielo particular. Ahí está Orión, la Osa Mayor y un punto grande que es la luna, aunque a veces parece más una arepa mal recortada. La enfermera dice que tengo mucha imaginación. Yo le digo que ella tiene poca.

El hospital no es tan malo cuando uno sabe inventar mundos.

Mi cama es mi nave, los cables que me conectan son mis propulsores y los pitidos de la máquina son el conteo regresivo. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... Y despegó.

Desde mi ventana se ve una parte del cielo. Ahí es donde practico los despegues. Cada vez que veo pasar una nube grande, digo que es mi cohete que ya está calentando motores.

El doctor dice que pronto me sentiré más cansado. Pero yo sé que es porque los astronautas también se cansan antes del lanzamiento. Todo viaje necesita energía, eso lo aprendí viendo a Neil Armstrong en un libro viejo que trajo mamá. Él dijo una vez que fue «un pequeño paso para el hombre y un gran salto para la humanidad».

Yo no entiendo bien esa frase, pero me gusta cómo suena. Yo, en cambio, daré un salto chiquito, pero será mío.

Hoy vino mamá con una caja llena de cosas: mis juguetes, mis dibujos, una foto de mi papá y una bandera que hice con retazos de

tela. Dice que quiere tenerlas listas «por si acaso».

Yo le respondí que las voy a necesitar para decorar mi cohete.

Ella no dijo nada, solo me abrazó. Su abrazo fue tan largo que pensé que quería irse conmigo a la luna.

A veces, por las noches, me duele el cuerpo y me cuesta dormir.

Entonces cierro los ojos y pienso en el espacio: en los planetas flotando, en los astronautas sonriendo, en la luna esperándome con su cara redonda y amable.

Yo sé que allá todo brilla diferente. Yo sé que allá no hay hospitales ni agujas ni pastillas que saben a metal.

Lucía me preguntó ayer qué haría cuando llegara a la luna. Le dije que construiría una casa de vidrio para ver las estrellas desde la cama. Y que plantaría una mata de mango, porque no hay nada más triste que un cielo sin mango. Ella se rió. A mí me gusta cuando se ríe, porque cuando se ríe, no parece que tuviera miedo.

Esta mañana le pedí a mamá que no llorara más.

Le prometí que le mandaría una piedra lunar para que la guarde debajo de la almohada. «Así siempre sabrás que estoy cerquita», le dije.

Ya casi está listo mi cohete. Le pegué un letrero que dice «Camilo I», porque será el primero de muchos. Cuando despegue, voy a saludar a todos los que me quieran desde allá arriba. A Lucía, a mamá, al doctor, a la enfermera de poca imaginación. Esta noche despegó. Ya tengo puesta mi bata blanca mi traje espacial, y la linterna alumbró justo donde está la luna. La máquina hace más

ruido que nunca. Parece el motor encendido. Siento calor, y también un poco de sueño.

Cierro los ojos. Escucho el conteo final: Cinco... cuatro... tres... dos... uno... Despego. El ruido se apaga y todo se vuelve luz. Desde aquí, la Tierra se ve pequeñita. Y mi mamá también. Pero su abrazo sigue llegando, aunque esté tan lejos.

Ahora entiendo lo que me dijo la luna: aquí no hay dolor. Solo paz, Solo silencio, Solo estrellas.

Una fría pesadilla entre tierras calientes

Miguel Ángel Velásquez

I. E. Promoción Social de Cartagena · grado 10.º · Cartagena de Indias, Bolívar
Segundo puesto, categoría C

NADIE SABE CON CERTEZA SI AQUELLA NOCHE FUE REAL O TAN SOLO EL ECO DE UN RECUERDO INCUBADO EN EL VIENTRE DE ALGÚN DELIRIO TROPICAL. Lo cierto es que no era noche, aunque lo pareciera. Era una eternidad espesa, un sudario colgado sobre ramas dobladas y retorcidas qué le pertenecen a los manglares, tan negra y cerrada como las bocas de los muertos que nunca fueron enterrados... Y yo corría. Corría como si las ánimas de mis abuelos cimarrones me soplaran en la nuca, gritándome con tambores viejos que el tiempo se estaba acabando.

El suelo ardía como carbón viejo, pero ya no quemaba; palpitaba. Y cada grano de arena era un tambor enterrado, repitiendo el mismo palpitar ancestral de un pueblo que nunca logró descansar. El mar, que solía ser consuelo, solo escupía silencio. Y el aire tenía ese mismo sabor salado que tienen las despedidas en las orillas del Caribe: ese sabor que pica en la garganta, que se queda en las lágrimas, que arde pero también acaricia... De pronto, todo cesó. Y el silencio se hizo tan denso que podía cortarse con un machete. No había mar, ni viento, ni el canto de un saltamontes. Solo un

viejo reloj, oxidado por el salitre, que parecía flotar en el aire como una campana maldita marcando una hora olvidada... Tic... tac... TIC... tac... Tic... TAC... tic... Cada latido suyo era como un eco de mi propio corazón, tambor de velorio resonando en la espesura. Y entonces abrí los ojos... O creí haberlo hecho.

La habitación era blanca como la memoria de los muertos. Tan blanca como los vestidos de las vírgenes abandonadas en altares sin velas. Había una sola ventana, redonda y absurda, como el ojo de un pez que aún no ha comprendido que está muerto. Más allá, un mar sin olas se extendía hasta el infinito, y bajo sus aguas, los corales dormían como labios sin besos. El olor a sal seguía allí, fiel como una promesa antigua, perforando mis recuerdos con alfileres invisibles.

—No sé qué significa esto —dije, con una voz que ya no me pertenecía.

Porque eso eran las palabras: cáscaras vacías, pájaros sin canto, ecos de un idioma que ya no existía. Me sentí como un loro mudo encerrado en la jaula del tiempo. El reloj marcaba las 9:30, pero el sol no calentaba. Iluminaba sin piedad, como un ojo de Dios ciego. Todo era claridad sin consuelo. Frío sin invierno. Yo, un cuerpo lleno de sueños ajenos.

—Tengo sueño —susurré, como si el sueño fuera la única patria posible.

Y mis ojos cesaron. Al hacerlo, caí en otra eternidad. Una más. Un abismo sin fondo, sin voz ni forma, como el útero de la nada. Me dejé llevar. Ya no quería luchar. El sueño era más real que esta

vigilia pálida. Y entonces, como en las viejas coplas de los ciegos que cantan en las plazas, una frase emergió de entre la niebla: «El día que el show terminó» pero... ¿qué es un show sin aplausos? ¿Qué es una palabra sin oídos a los cuales llegar? Abrí los ojos. Y supe que aún no era tiempo. El telón apenas comenzaba a alzarse, me incorporaba, preparándome para mi acto final, cuando un golpe en la puerta me arrancó de la escena.

—Señor —dijo una voz con acento de pueblo chico—. Lo busca alguien. Dice que es su fan más fiel.

Pensé en negarme. La gloria no admite interrupciones. Pero la devoción, incluso cuando nace en la locura, tiene el peso de lo sagrado. Dudé. Y en la duda se coló el destino... No abrí. Y fue entonces cuando escuché el lamento. Primero suave, como tambora sin rumbo. Luego un chillido. Un quejido. Un desgarrón en el aire. Y cuando por fin abrí la puerta, lo que vi fue un pueblo que corría sin saber por qué, como en las fiestas de Noviembre cuando alguien grita que hay machete. Me uní a ellos. No por miedo, sino por inercia. Las calles, antes llenas de risas, eran cementerios de pasos. Cada huella era un eco. Cada sombra, un espectro. El cielo se oscureció, y la luna, altiva, se tragó al sol... Eclipse.

La marea se volvió negra. Los arrecifes, tumores dormidos... Y corrí... Corrí como si la tierra fuese a volcarse. Mis piernas eran ramas rotas, mi pecho, tambor sin cuero. El cielo era ahora un manto de duelo. Era mi pesadilla hecha carne y hueso. Y entonces, lo hice: giré la cabeza. Y lo vi... Era... ¡¿YO?!

O una versión de mí hecha de humo, sal y sombra. Caminaba tras de mí con mis mismos gestos, mis mismos errores, el mismo miedo. Y cuando me detuve, él también lo hizo. Se acercó. Me miró con mis propios ojos, y con mi propia voz, grito:

—¡DESPIERTA!

Abrí los ojos. ¿Cuántas veces van?... ¿Por qué no había mar?... ¿Dónde quedo mi ventana? Solo blancura... Silencio. Y pasos que se acercaban. La puerta se abrió con una lentitud vieja. Y apareció ella. Una mujer de mar. No joven, ni vieja. Vestida de espuma. Con la piel fría como la madrugada de los velorios. Cabello negro como el fondo del océano. Y sus labios... rojos como un coral sangrando. No hablaba. Solo avanzaba. Quería moverme. Pero mi cuerpo me desobedecía. Y cuando se inclinó... al oído me habló con una voz tan suave que no era voz sino una leve brisa con olor a sal, y de ella salió:

—Duérmete...

Y entonces mi corazón, ese tambor fiel de tantos carnavales, obedeció. Se detuvo. Y no hubo miedo alguno. Ni dolor. Ni tiempo. Solo la pregunta que flota en la boca de los ahogados: ¿Qué significa vivir... si los sueños son más reales que la vigilia?

Inconcluso

Jaider Enrique Martínez Villamil

I. E. Promoción Social · grado 10.º · Cartagena de Indias, Bolívar
Mención especial, categoría C

ERA MEDIANOCHE DE DOMINGO EN UN CUARTO DE HOTEL. Bajo la luz de una lámpara, una hoja en blanco mostraba solo un título: «El Asesinato Festivo». Frente a ella, un escritor permanecía inmóvil, con el ceño fruncido. Tomó el lápiz, pero lo soltó antes de escribir. Sus ojos se desviaron hacia un diploma arrugado en la esquina: un viejo premio literario. Sonrió con ironía. «¿Cómo lo logré aquella vez?» pensó.

Buscó excusas, pero el cuarto estaba ordenado, sin distracciones. La ansiedad lo apretaba; su taza de café estaba vacía y no había más. Al ver la hora, supo que apenas le quedaban dos horas. Resignado, se dejó caer en la cama, murmurando: «Ya qué».

Mientras se hundía en el sueño, un susurro, luego un toque, y finalmente un empujón lo arrojaron al suelo con las sábanas encima. Se incorporó aterrado: un hombre de gabardina gris lo observaba fijo.

—¡No me hagas daño! ¡Llévate lo que quieras! —gritó.

—¿Robarte? No vine a eso.

—¿Entonces qué quieres? —El escritor lo miró confundido.

—¿En serio no me reconoces? Tú me creaste. —El hombre sonrió con ironía.

Se inclinó sobre el escritorio y golpeó con el dedo la hoja en blanco. El escritor lo reconoció al instante: ese rostro, esa gabardina.

—¿Armando?

Comprendió entonces que estaba soñando. Armando agarro la hoja y la alzó mostrandosela.

—¿Te parece justo dejarme colgado así? Ni siquiera sé si soy asesino, detective o un mero farsante. ¿Sabes los problemas de identidad que me causas?

—¿Ya no soy suficiente para ti? ¿Me volví aburrido?

—¡No! Tu historia me gustó tanto que pensé en una trilogía...

—¿Entonces por qué no me has terminado?

El silencio lo delató. El personaje lo miró con decepción y esperanza. El escritor se dejó caer en la silla.

—¡Es que no se me ocurre nada! —confesó.

—Pero dijiste que tenías toda la trama en mente. —El hombre lo observó, confundido.

—Sí, pero una idea no es una historia escrita. Mira esto... — señaló la hoja en blanco—. Solo me salen frases secas: «Llega un policía, habla con el detective...» ¿Quién querría leer algo tan plano?

—Si no funciona, prueba diferente. —El hombre reflexionó.

—Lo he intentado todo: acción, terror, comedia... Hasta romance... Pero siempre pierdo las ganas a mitad de camino.

—Pues déjalo para cuando tengas cabeza. No tienes que escribir todo en un día. ¿Cuánto tiempo te dieron? —El personaje lo miró con compasión.

—Un mes... —murmuró el escritor.

—¿Un mes?! Entonces relájate, aún hay tiempo.

—Ya... pero me lo encargaron hace 30 días. —El escritor rió nervioso.

—¿En serio? —El hombre de gabardina lo miró decepcionado.

—Sí, lo sé! Muy irresponsable... pero si no tengo ganas, no escribo.

—Siguiendo tu lógica, yo tampoco iría a trabajar cuando no me apetece. Pero la vida no funciona así.

—Quizás no soy un buen escritor... —El escritor suspiró.

—¡No! —tronó el hombre—. No es autocompasión, es pura flojera. Yo sé de lo que eres capaz, ¿o ya olvidaste el premio que ganaste?

—Es que aquella vez estaba inspirado, me apasionaba.

—Pues haz que esto también te apasione. Escribir es encontrar fuego en la nada. ¿En dos horas? Da igual: toda fogata empieza con una chispa.

El escritor dudó. El hombre bufó, harto: Al final, el que pierde eres tú. Avísame cuando te dignes a escribir, mientras buscaré otro

escritor. Y salió dando un portazo.

—«Me buscaré otro escritor»... ya verás, la próxima vez te escribo menos melodramático.

Se dejó caer en la cama, murmurando:

—¿Podré dormir dentro de un sueño?

Cerraba los ojos cuando golpearon la puerta.

—¿¡Ahora qué!? —gritó.

—Escritor... soy tu historia de romance. ¿Podemos hablar?

Se levantó como un resorte, corrió a la puerta y gritó:

—¡¡ARMANDO, ESPÉRAME!! ¡¡YA SE ME OCURRIÓ UNA IDEA!!

FIN

P

Poesía

GANADOR

Le tengo envidia a la muerte

Kamila Rivera · I. E. John F. Kennedy

MENCIÓN ESPECIAL

Cuidemos el latido de la tierra

Deivis Rodríguez · I. E. Docente de Turbaco

MENCIÓN ESPECIAL

Ecós de nubes

Leidis Lorena Peinado López · I. E. Rural Eloy Hernández Díaz

Le tengo envidia a la muerte

Kamila Rivera

*I. E. John F. Kennedy · grado 10.º · Cartagena de Indias, Bolívar
Ganador, modalidad poesía*

Le tengo envidia a la muerte,
porque no teme cuando ama,
porque su voz no se quiebra
en la garganta de los que esperan.

Yo sigo aquí,
llamando nombres que no me pertenecen,
cargando el espejo roto
donde aún respira mi sombra.

Le tengo envidia,
porque se lleva lo puro:
los ojos donde aún habita la infancia,
las manos que acarician el silencio,
las voces que saben callar,
las cosas que brillan antes de romperse.

Le tengo envidia a la muerte,
porque sabe callar sin despedirse,
porque no necesita promesas
ni el sueño del insomnio.

Yo, en cambio,
me derramo en la herida del llanto,
me siembro en los ojos ajenos
y no florezco.

Le tengo envidia a la muerte,
a su quietud intacta,
a su forma perfecta de decir:
ya no hay nadie.

Y sin embargo, la llamo,
como quien acaricia
el filo de una palabra prohibida,
esperando que duela,
esperando que, al fin, me nombre.

Cuidemos el latido de la tierra

Deivis Rodríguez

I. E. Docente de Turbaco · grado 5.º · Turbaco, Bolívar

Mención especial, modalidad poesía

La tierra susurra en cada rincón,
el viento lleva su dulce canción,
los ríos hablan con voz cristalina
y el bosque guarda su luz divina.

No dejemos que mueran sus hojas,
ni que el plástico inunde sus playas,
que el aire puro sea nuestro derecho,
y el verde abrace cada trecho.

Escucha la voz de la tierra
que clama con fuerza y verdad,
protejamos su verde hermosura
y cuidemos su vida y su paz.

No más humo que oscurezca el cielo,
ni plástico que ahoguen el mar,
hagamos del mundo un anhelo
donde todos podamos respirar.

Cada río es una arteria viva,
cada árbol es un guardián fiel,
con manos unidas y decididas
cuidemos este bello laurel.

Plantemos árboles con esperanza,
reduzcamos el daño con alianzas,
reciclemos con amor sincero
y vivamos en un mundo lleno de confianza.

ECOS DE NUBES

Leidis Lorena Peinado López

I. E. Rural Eloy Hernández Díaz · grado 9.º · Barrancas, La Guajira

Mención especial, modalidad poesía

En la danza del viento,
Las nubes susurran,
ecos de un cielo que ya no está.

Pintando paisajes, de algodón y prisa,
mientras el sol teje un manto de paz,
Las montañas son guardianes de piedras y silencio,
Escuchando historietas que el tiempo olvidó.

El río de plata refleja el pasado,
Entre ráfagas de colores,
que nunca existió.

En el valle profundo, sueña una flor,
que el eco de nube se vuelve su canción
un canto de lluvia, un beso de amor,
en un mundo de sueño sin fin, sin razón.

El XI Concurso de Cuento Escribiendo el Caribe se realizó con el apoyo de:



Este libro se editó en Cartagena de Indias, Colombia, en
septiembre de 2026.

Se compuso en tipografía Lora.

La ilustración de cubierta, *El mar escrito*, se creó para
esta edición.

Ochenta y nueve estudiantes del Caribe colombiano se presentaron al XI Concurso Escribiendo el Caribe. Estas son las doce obras que escogió el jurado, nueve cuentos y tres poemas.

Un niño construye un cohete de cartón en la cama de un hospital. Un pueblo descubre que sus manglares lloran las culpas que nadie confiesa. Un lector abre un libro sin título y encuentra su propia vida contada hasta la noche en que lo está leyendo. Un tambor que trajo la creciente del río termina recorriendo el mundo. Y una muchacha escribe que le tiene envidia a la muerte porque sabe callar sin despedirse.

No son ejercicios escolares. Son jóvenes del Caribe mirando su territorio de frente y encontrando las palabras para contarlos.

Escribiendo el Caribe es un programa del Observatorio del Caribe Colombiano que desde hace once años forma a estudiantes y docentes de la región en escritura creativa.

